

Carlos Alvar (Granada, 1951), catedrático de Literaturas Románicas de la Universidad de Murcia. Ha publicado: "La poesía trovadoresca en España y Portugal. La poesía de Trovadores, Roveres y Minnesinger, y La muerte del Rey Arturo".

El amor en la poesía española de tipo tradicional y en el Romancero

(Cuarta y última parte)

Algo distinta es la situación en el Romancero; debido, sin duda, a la mayor extensión de los romances, a las posibilidades narrativas que estos ofrecen y a la multiplicidad de fuentes que sirvieron de base, es frecuente hallar historias completas de unos amores sobrecogedores en muchos casos; si en la lírica tradicional se puede hablar de la vitalidad del amor y de la naturalidad con que lo reciben los protagonistas, en el Romancero se puede aludir a la marca "sensacionalista", si no trágica, de la relación amorosa. Por una parte, hallamos romances en los que se rechaza el matrimonio por interés, frente al sentimiento de los personajes que, de jóvenes, pensaban de forma diferente (basta recordar el que comienza ¡Fuera, afuera, Rodrigo!), pero en la mayoría de los textos de este grupo el ataque se dirige más bien hacia la promesa rota. En otros romances se aprecia un claro influjo de las concepciones cortesas y de la narrativa de ficción; los nombres de los héroes (Lanzarote, Tristán, Ginebra, Melisenda, Durandarte, etc.) así lo atestiguan los planteamientos adúlteros tienen su origen en la tradición cortés en casi todos los testimonios, pero la frecuencia con que el adulterio resulta trágico o castigado hace pensar en una reelaboración de la materia y en una acomodación a la sociedad que la conserva; el amante o la mujer, o ambos, mueren a manos del marido; en algunos romances el marido -aunque sea el mismo rey- cae bajo los golpes de su contrincante que comete así varios crímenes, entre los que no se debe olvidar el atacar a su rey, de origen divino; el público se da cuenta de inmediato de la depravación moral a la que se ha visto arrastrado el adúltero por su propio pecado. El amor en los romances causa muerte tras muerte, es culpable de la pérdida de España, de la rebelión de vasallos fieles (se aprecia en el ciclo dedicado a Bernardo del Carpio), o provoca cruentas venganzas (Estábase la condesa o Vámonos -dijo-, mi tío).

Al lado de los romances de amor trágico, en los que las faltas son castigadas con rigor, hay otro romance que subraya el mismo planteamiento moral, aunque sean de temática distinta: me refiero a aquellos en los que los requerimientos del galán son rechazados por la mujer o en los que las relaciones de los enamorados acaban en matrimonio; la fidelidad conyugal es objeto de numerosos romances como en Fonte frida, en el que la tórtola viuda rechaza a su pretendiente llamándolo "enemigo, malo, falso, traidor" y aduciendo



Venus ante el espejo (Giovanni Bellini, óleo sobre madera)

que bebe el agua rubia y que se aleja de los prados floridos, símbolos procedentes de la lírica tradicional. Fidelidad, semejante se halla en otros romances, como el de Nuño Vero, Nuño Vero o el de Caballero de lejas tierras, de temática muy similar, y en otros en los que el carácter novelesco es más acusado; es el caso de Mariana en un castillo, en el que la protagonista pronuncia como últimas palabras poco antes de ser decapitada:

**Yo muera como cristiana
y también por confesare
mis amores verdaderos
de mi esposo naturale.**

Historia de fidelidad es, en definitiva, la de Galferos y Melisendra (Asentado está Galferos), aunque el marido espere siete años antes de ir en busca de su mujer; e historia de fidelidad -en tono muy distinto- es la del pastor que no se deja seducir por las insinuaciones de la bella dama (Estase la gentil dama), a la que le responde:

**No era tiempo, señora,
que me haya de detener,
que tengo mujer e hijos
y casa que mantener.**

A pesar de la minuciosa descripción que hace la dama de sus encantos ocultos, el rústico se mantiene firme:

**Ni aunque más tengáis, señora,
no me puedo detener.**

Por lo que respecta a los romances de amor correspondido entre personas libres de vínculos conyugales, acabo de indicar que suelen concluir en matrimonio; así ocurre con el de Melisenda y el conde Ayuelos (Todas las gentes dormían); la doncella que no puede dormir por mal de amor, visita al conde en su lecho; al enterarse el emperador, obra en justicia:

**"Pues ella tiene la culpa
no te quiero hacer mal,
mas si tú la quieres, conde,
por mujer se te dará"**

...
**Hace venir al arzobispo
para haberlos de desposar.
Ricas fiestas hicieron
con mucha solemnidad.**

La situación es semejante en el romance del conde Claros y Claraniña (Medía noche era por filo), aunque el papel de los protagonistas está invertido; en este caso es el conde el que no puede dormir; el final coincide con el de otros romances:

**Descabalgá de una mula
el arzobispo a los desposar.
Los enojos y pesares
en placer van a tornar.**

Dos concepciones amorosas se desprenden, pues, de lo expuesto; la lírica tradicional vive de forma libre el amor; sólo preocupa el momento de felicidad pasajera, cuyo recuerdo constituye la base del pensamiento de la doncella.

Por el contrario, en el Romancero viejo de carácter tradicional parece que la tendencia lleva hacia un planteamiento mora -no siempre consciente- de las relaciones amorosas.

C.A.

Fin